

Historiografía y visión de la España del siglo XX: los hispanistas anglosajones del 91

Abdón Mateos

La cosecha generada por los hispanistas británicos del primer año de la década final del siglo XX, aunque buena, no ha resultado especialmente memorable.

Explicaciones, seguro, existirán de peso. Desde el pasado frío y largo invierno de las islas a la espectacularidad de la coyuntura internacional en el este y en oriente, pasando por los preparativos de la inteligencia anglosajona para el evento «socio-cultural» del 92. Quizá lo más importante sea la aburrida normalización de la política y la sociedad, con la excepción de la cornisa cantábrica, en la presente España democrática. En definitiva, las armas de la academia británica se han estado afilando o se han dirigido hacia otros lares durante el año de 1991.

y es que la lógica de la industria de la cultura de masas prevalece hasta en la Universidad. El descubrimiento, la colonización e independencia de América y, sobre todo, los centenarios del general Francisco Franco y del doctor Juan Negrín —al asesinado Andreu Nin no hay quien le recuerde—, bien merecían un tenso descanso desde el observatorio de los recoletos campus ingleses.

En cambio, el bienio 1989-1990 ofreció a los historiadores y el pueblo españoles una espectacular y abrumadora apoteosis de síntesis, monografías, homenajes, publicistas y libros colectivos sobre la tortuosa y diferente contemporaneidad de la *piel de toro ensangren-*

tada hasta el establecimiento del régimen monárquico constitucional actual.

Baste recordar los artículos y libros sobre la Guerra Civil, el Frente Popular, el cambio social y el proceso laboral, los militares, las derechas y el socialismo dedicados, coordinados o escritos por, entre otros, Raymond Carr, Stanley Payne, Martin Blinkhorm, Paul Preston, Lannon, Elwodd, Graham, Heywood, Gillespie, Balfour y Fishman ¹.

A diferencia del interés y la dedicación de los hispanistas franceses a la historia socio-cultural, la sociabilidad, las mentalidades, las relaciones con el mundo mediterráneo, la cultura popular y las subculturas obreras de la España del siglo XIX y del primer tercio del XX ², los historiadores y sociólogos británicos de nuestros días se han ocupado preferentemente del tiempo presente, de los orígenes de la España actual o, más precisamente, del período abierto con la Guerra Civil y concluido con las sucesivas victorias electorales del partido socialista durante el decenio de los ochenta.

Estas preferencias reiteran el clasicismo y pragmatismo anglosajón, dedicado a cosas serias, como la historia política y la sociología histórica, que faciliten versátiles y competitivas ocupaciones en la academia, la empresa o la alta política.

Así se comprenden y encuadran históricamente ciertas aportaciones de hispanistas ingleses y norteamericanos durante los últimos tiempos. Interesan la historia del PSOE -pese a los reiterados tópicos' prejuicios y apriorismos-, de ETA, de la Monarquía, del general Franco, y en segundo término, de las bases sociales de la violencia política o de la modélica transición hacia la normalidad democrática.

Una casualidad (?) ha regalado a los lectores españoles de 1991 una serie de libros cuyo eje central descansa en la difícil y diferente historia de la izquierda castiza, de las organizaciones clásicas del so-

¹ Véanse las benévolas recensiones de PRESTON, PAÚL, «Recientes estudios de historia del movimiento obrero español». *Sistema*, 106, enero 1992, y ELWOOD, SEELAQH, «¿Venceremos?», *History Today*, december 1991.

² Véase, para un excelente balance de lo realizado y de las líneas de investigación, el artículo de GUERENA, JEAN-LolJIS, «Hacia una historia socio-cultural de las clases populares en España (1840-1920)»». *Historia Social*, 11, octubre 1991.

Más recientemente un grupo de hispanistas franceses trabajan sobre las «representaciones» colectivas y microsociedades de los españoles, emigrados o exiliados, hacia Francia y sus colonias norteafricanas desde la Guerra Civil.

cialismo, de la Unión General de Trabajadores de España y del Partido Socialista Obrero Español. Desde una monografía sobre las luchas internas del PSOE durante la Guerra Civil de 1936 a un análisis politológico sobre la totalidad de la historia del mismo partido, aunque centrado en el fraccionalismo del socialismo de postguerra hasta 1982, pasando por un sugerente ensayo de historia social contemporánea de España, realizado por un reconocido especialista sobre el socialismo astur hasta 1936.

Empecemos por lo regular, dejando la valoración, en términos generales positiva, para el final. Tanto Helen Graham como Richard Gillespie³ sazonan el texto de sus libros con términos como el fracaso o desintegración del PSOE; descalificaciones como irresponsables, incapaces, pasivos, anticomunistas, oportunistas y redomados reformistas bajo el lenguaje de la revolución de los socialistas españoles, y juicios tales como malos alumnos de la escolástica marxista, y, en definitiva 'la manida tesis sobre la pobreza y miseria teórica del socialismo hispano. En estas adjetivaciones el más ecuánime resulta Shubert debido, posiblemente, a su formación de historiador social.

En cambio, a mi juicio, como hace tiempo escribieron historiadores españoles como Tuñón de Lara, Juliá o Pérez Ledesma, y extranjeros como Preston, Malefakis o Meaker, se trata de situar determinados giros políticos e ideológicos del PSOE y de la UGT en el contexto de la sociedad y del Estado españoles contemporáneos. Hoy en día resulta insuficiente la reducción de la historia de un partido político, que además es movimiento social, a una elegante narrativa o analítica de las facciones, luchas internas y debates ideológicos entre dirigentes.

¿Pues qué significa decir que un partido ha fracasado históricamente? ¿Quiere decir, quizá, que no ha conseguido ver triunfar su ideal y objetivos, que no conquistó el poder político? ¿Es que un partido socialista debía hacer necesariamente la revolución social o sacrificar hasta la muerte a sus cuadros en la resistencia contra el fascismo y Franco?

³ En el mismo 91, POWELL, CHARLES, con su premiado y elegante ensayo *El piloto del cambio* (Barcelona. Planeta, 1991), utilizaba similares preconcepciones y valoraciones respecto al PSOE. Durante el bienio anterior Sebastián Balfour y, sobre todo, Paul Heywood compartían los apriorismos, falsa memoria y mitificaciones que analizo en la nota crítica sobre la monografía de Helen Graham titulada «Mitología e historia del socialismo español» y publicada en el número 107 de la revista *Sistema*.

Resulta tópicamente decir que la política es el arte de lo posible, pero conviene recordarlo. ¿Podía un estuquista, un ferroviario o un minero autodidacta ser un teórico marxista? ¿O es que un obrero industrial o un minero mixto podía o debía convertirse en revolucionario profesional, sacrificando su entorno social y familiar?

¿Después de tres octubres de derrotas de los mineros socialistas asturianos entre 1934 y 1948, los escasos supervivientes debían seguir con las armas en la mano para defender las libertades y lograr la emancipación social? 4 ¿O era más lógico esperar el relevo de las nuevas generaciones y confiar en la sabiduría, memoria y tradiciones del pueblo hispano? ¿Fueron oportunismos, «instinto» de clase o estar pegado al terreno los giros de 1934, de 1947, 1970 Y 1977-1979?

¿Cómo interpretar mejor la trayectoria del socialismo de postguerra, en términos de fraccionalismo, pasividad y refundación o, seguramente, continuidad, renovación y absorción de vanguardias e integración de las nuevas élites producto del cambio social? 5.

A mi juicio, todas estas retóricas preguntas son respondidas en dirección equivocada por los doctores Graham y Gillespie. Esto no quita el mérito de sus trabajos, aunque ensombrece el conjunto de sus aportaciones. Desde luego parece que antes de los años setenta del siglo XX no existían condiciones objetivas ni en la sociedad ni en el Estado para llevar a cabo en España, con garantías de éxito y sin el peligro de una involución, un moderado programa de reformas sociales. Sobre ello bien nos podrían haber ilustrado figuras como Manuel Azaña, Indalecio Prieto o Manuel Giménez Fernández.

Fue mediante la represión, la explotación y, en definitiva, gracias o a pesar de un régimen dictatorial como España entró definitivamente en la senda de la Europa occidental. El lema de «España es diferente» además de reclamo turístico o justificación de la dictadura bajo la enmascaradora marca de democracia orgánica, era diariamente contradicho por las aspiraciones de tecnócratas, falangistas populistas y aperturistas del estilo de don Manuel Fraga o don José María de Areilza. Del terror fascista al desarrollismo autoritario podría ser

⁴ Véase MATEos, A., «Los tres octubres de José Mata», *Leviatán*, verano-otoño de 1991.

⁵ Véase MATEos, ABDÓN, *El PSOE frente a Franco. Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*. Barcelona. Plaza & Janés/Cambio 16, 1991 (en prensa).

el título que resumiera la evolución del régimen de Franco desde la Guerra Civil hasta 1975.

Sobre los determinantes sociales de la transición nos ilustra perfectamente la síntesis de Adrián Shubert sobre la historia social contemporánea española. No nos dice, en cambio, que todo programa liberalizador de la vida política -pese a la secularización, urbanización y crecientes recursos educativos de buena parte de la sociedad- resultaba inviable mientras que las instituciones del franquismo estuviesen gobernadas por personas herederas y partícipes de la contienda incivil. O que un hecho decisivo para la consolidación de la democracia fue que las élites profesionales y políticas se hubieran socializado en parecidos y coetáneos lugares sociales como Acción Católica, el Frente de Juventudes, los conciliábulos clandestinos y la Universidad. Más conocida resulta la tesis de la negociación colectiva como institución generadora de una cultura política democrática entre los trabajadores industriales españoles.

Una de las aportaciones esenciales de Helen Graham es la reivindicación de los responsables del PSOE y del gobierno del Frente Popular en el bienio que la presidencia recayó sobre Juan Negrín. La destrucción de ciertas mitologías y descalificaciones desde la derecha o incluso desde las filas de sus propios correligionarios socialistas está plenamente justificada.

Sin embargo, no resulta demasiado afortunada la caracterización del socialismo español de guerra y del marco interpretativo general del libro. Por ejemplo, ¿cómo explicar la trayectoria del PSOE durante la guerra sin detenerse en un análisis de la gestión exterior de ministros como Alvarez del Vayo, embajadores como Pascua, De los Ríos y Jiménez de Asúa, delegados plenipotenciarios como Besteiro y Prieto y cónsules generales como Fabra Rivas? ¿O es que se puede estudiar aisladamente la historia de un partido sin tener en cuenta que sus principales cuadros estaban en la acción de gobierno o en el frente?

¿Cómo justificar el análisis exclusivo de la zona central republicana dejando de lado el frente norte, Aragón y Cataluña? ¿No desempeñaron dirigentes socialistas los máximos poderes revolucionarios en la montaña cantábrica? ¿No habían sido Vizcaya y Asturias los feudos del socialismo político prietista antes, durante y después del conflicto armado, asegurando la continuidad del socialismo español durante la oscura «travesía por el desierto» franquista?

Por otro lado, el mito del trasvase juvenil hacia el PCE no se mantiene en pie. Baste con señalar que un tercio de los afiliados y cuadros socialistas de postguerra en el exilio y en la clandestinidad habían pertenecido a las juventudes ⁶.

Graharn utiliza sistemáticamente, aunque no agota las fuentes (por ejemplo, el decisivo fondo de Marcelino Pascua o el inaccesible de Indalecio Prieto), el archivo de la Comisión Ejecutiva del PSOE devuelto por Moscú en 1981 ⁷. Sin duda los archivos de la Internacional Comunista nos revelarán, esperamos que en un futuro próximo, importantes aspectos de la trayectoria del PCE, del PSOE y de la política española posterior a los años treinta. En definitiva, se trata de la primera monografía general, basada en fuentes de archivo, sobre los avatares del PSOE durante la Guerra Civil ⁸.

En el caso del trabajo de Gillespie lo primero que hay que aclarar es que no es exactamente un libro de historia, pues el planteamiento politológico domina el conjunto del texto. En realidad, Richard Gillespie empieza su obra donde lo deja Graham: la «desintegración» y «fracaso histórico» del socialismo español tras la Guerra Civil. Inmediatamente nos realiza una radiografía de las corrientes, facciones y grupúsculos que la diáspora del exilio y de la guerra mundial convirtió al PSOE y al resto de los partidos republicanos democráticos con la lógica y relativa excepción de un partido comunista altamente centralizado que emprendió, no obstante, la bolchevización y purga de los cuadros adquiridos y absorbidos durante el conflicto. No se da cuenta que la verdadera refundación del socialismo español se produjo en torno a 1944 en Francia y España, y que las disputas entre Negrín, Prieto y Largo Caballero no significaron al fin y al cabo demasiado en la nueva identidad y materiales aglutinantes del renovado PSOE de postguerra.

⁶ Sobre otros aspectos discutibles me remito a la nota que he publicado en el número 107 de *Sistema*.

⁷ Véase el excelente trabajo del equipo de la Fundación Pablo Iglesias, coordinado por Aurelio Martín Nájera, *Fuentes para la historia del PSOE y de las Juventudes Socialistas de España* (Madrid, 1991). Otro admirable catálogo, presentado ya en 1991, es el realizado por un equipo de la Fundación Largo Caballero, dirigido por María RUIPÉREZ sobre el fondo de Benito Alonso, dirigente ugetista y del PSOE en el exilio (Madrid, 1992).

⁸ Otros trabajos parciales e interpretativos en las obras de Tuñón de Lara, Santos Juliá y José Manuel Rivas.

El modelo de organización y los valores éticos y políticos que sirvieron para encuadrar a los mejores, aunque «sin nombre», de los supervivientes no tuvieron nada que ver con los adoptados por comunistas, libertarios o republicanos. Estos criterios fueron decisivos para asegurar la continuidad del partido y del sindicato en el exilio francés y en las zonas periféricas, sobre todo cantábricas, españolas.

Lo de la deriva atlántica anticomunista en el plano ideológico coincide con la evolución de todo el socialismo europeo de postguerra y, en todo caso, la ilegalidad y el exilio retrasó hasta la transición la asunción de principios revisionistas como el rechazo del marxismo, la aceptación del mercado y del interclasismo populista democrático.

En todo caso, lo decisivo fue la revalorización de la democracia. La lucha por las libertades se convirtió, desde la inmediata postguerra, si no antes, en elemento aglutinante esencial del socialismo español. Este compromiso había sido, fue y será uno de los principales activos del PSOE y de su prestigio ante la sociedad española. El marxismo fue siempre doctrinario. Se aceptaron sin mayores problemas declaraciones que diferenciaban socialismo y marxismo y que incluso tendían puentes hacia la tradición libertaria española. Basta con leer los discursos y la publicística de personalidades de la talla de Prieto o Trifón Gómez para comprobar esta modulación ideológica. En este sentido, el «socialismo libertario», que no liberal, de algunos líderes socialistas exiliados anticipa la evolución de partidos importantes de la socialdemocracia europea.

De los tres primeros capítulos dedicados a la organización, luchas internas e ideología del PSOE en el exilio y semiclandestino de los años cuarenta y primeros cincuenta, Gillespie salta directamente a la prehistoria de la renovación socialista de los años setenta. La historia del sólido partido reconstruido en la postguerra y de sus oscuros y difíciles esfuerzos en los años cincuenta y sesenta no le interesan demasiado, ya que no se trata de reconstruir minuciosamente la trayectoria de un partido, sino de destacar las luchas internas y debates ideológicos entre dirigentes.

De nuevo enfatiza las facciones, escisiones y existencia de grupúsculos en su descripción del «nuevo» socialismo de Felipe González y Nicolás Redondo. Por el contrario, el renovado discurso marxista y la trayectoria del PSOE en la transición hasta 1982 considero que hay que entenderla como un intento de adaptación a la coyuntura política y social del final de la dictadura franquista y, por su-

puesto, a las diferentes posiciones que fue ocupando el partido socialista en la política española de la Monarquía constitucional. Acierta destacando la importancia de las elecciones de 1977 en la trayectoria posterior del PSOE, aunque no tanto en la explicación de estos resultados y en el análisis de sus consecuencias políticas.

En fin, lo que nos cuenta de la historia de la UGT, de la geografía del socialismo y de la trayectoria de las nuevas formaciones, generaciones y personalidades socialistas surgidas desde los años cincuenta sirven para satisfacer a un público británico o español poco avisado, pero no resultan en absoluto satisfactorias desde una perspectiva historiográfica.

A modo de conclusión, cabe señalar que estas monografías cierran una etapa y también un vacío de la historiografía sobre la contemporaneidad española aunque no los problemas, las fuentes y el tema de la historia del socialismo español.